de la gota estaba en la cama. Sintiólo grandemente, y envió al punto al Dr. Salustio Petroceni de Castellon, su auditor, para que de su parte le hiciese volver á casa. A este primer recado respondió Luis, que lo que se habia de hacer mañana, bien se podia hacer hoy; y que pues sabia S. E. el gusto que seria para él quedarse allí, le suplicaba no le obligase á perderlo. Oida esta respuesta el Marqués, todavía le pareció que era menos autoridad suya que las cosas fuesen por aquel camino, y que se daria que decir en toda la corte; y así le volvió de nuevo á mandar que en todo caso volviese; y él, viendo que no habia otro remedio, hubo de obedecer y volver.

Otro dia, viéndose el Marqués con el Padre General de san Francisco, que dijimos, alegándole el deudo y amistad que habia entre los dos, le rogó instantemente, que, pues veia lo mucho que perdia su casa y Estado en perder un hijo que tan cristianamente sabria gobernar sus vasallos, se encargase de esta empresa, divirtiéndole de aquellos intentos, y persuadiéndole que quedando en el siglo, y en su Estado podria hacer mucho servicio á nuestro Señor. El Padre General le respondió que le perdonase, porque ni decia bien con su profesion hacer aquel oficio, ni podria con buena conciencia. Instóle de nuevo el Marqués, que por lo menos hiciese que lo dilatase hasta la vuelta de Italia, que seria presto, y que le daba la palabra que allá le daria licencia para hacer lo que gustase. El Padre General, acordándose de lo que le habia pasado á él mismo en semejante ocasion, estando tambien en la corte del Rey católico, y tratando de entrar en su Orden, que sus deudos, despues de haber tomado muchos medios para divertirle, quisieron tambien tomar aquel de volverlo á Italia, con intento de hacer despues allá el esfuerzo posible por quitarle aquel pensamiento; pero él no habia querido darles esas largas, y se habia entrado fraile en España: parecióle ahora que era el mismo caso en tercera persona, y dijo al Marqués, que ni eso tampoco le parecia bien, y añadió que la cosa era algo escrupulosa, si bien no negó del todo que lo tentaria. Habló despues con Luis, y contóle lo que le habia pasado con su padre, y lo que él le habia respondido, y añadió: Yo verdaderamente hiciera escrúpulo de pedirlo, por más que el señor Marqués asegure el dar la licencia en Italia. El buen Luis, prometiéndose que el Marqués le cumpliria la palabra al punto que

llegasen á Italia, respondió al Padre General, que él venia de muy buena gana dar aquel gusto á su padre, en lo cual no hallaba ninguna dificultad, porque ya tenia tragado todo lo que le podia suceder, y por la gracia de Dios se hallaba tan firme en sus propósitos, que no temia mudanza en ellos. El Padre General dió esta respuesta al Marqués, y quedaron de acuerdo, pasando ambas partes por este concierto.

CAPÍTULO X.

IX.

Cómo volvió á Italia, y de las contradicciones que allí tuvo por causa de su vocacion.

l año de 1584, habiendo de pasar de España á Italia con las galeras Juan Andrea Doria, á quien á la sazon habia hecho general del mar el Rey católico, le pareció al marqués D. Fernando embarcarse en ellas con la Marquesa y sus hijos.³² Al tiempo de embarcarse habia ya el Padre General de san Francisco concluido con su visita y con los otros negocios que tenia en España; y con eso quiso tambien embarcarse con aquellos señores sus deudos. No se puede creer lo que Luis se holgó con esta buena dicha, que por tal la tenia ir en compañía de aquel Padre, en quien le parecia ver una viva y verdadera imágen de religion y observancia. Contóme á mí despues, que le habia observado con particular atencion en todas sus acciones por el provecho que sacaba, y que siempre le halló digno por su gran virtud y ejemplo del nombre y oficio que tenia de General de la observancia. Y no se engañó en este juicio, como lo ha mostrado la experiencia despues que el dicho Padre subió á la dignidad episcopal, primero en Cefalú de Sicilia y despues en Mantua, en el cual puesto ha vivido tan religiosa y santamente, que por el dicho de todos cuantos le han conocido y tratado, ha seguido la forma de los santos obispos antiguos, y merece que le tomen por ejemplo los que de la Religion salen á semejantes puestos, como se pudiera probar en particular, si no temiera de ofender la modestia y humildad de este prelado, que aun vive cuando esto se escribe. Con tan religiosa y santa comunicacion pasó Luis muy alegremente su viaje, unas veces tratando

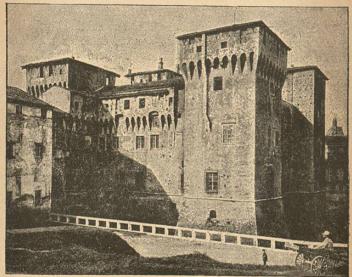
De esta suerte llegaron á Italia por el mes de julio del mismo año, teniendo ya Luis diez y seis cumplidos y cuatro meses. Esperaba él, que luégo su padre le daria la licencia para cumplir sus buenos deseos; y comenzó á acordárselo y apretarle sobre ello con muchas veras. Excusóse el Marqués por entonces, con decir, que era fuerza primero enviarle con su hermano Rodolfo, para que en su nombre cumpliese con todos los príncipes y duques de Italia; y que así se aparejase para aquella jornada.33 Hacia esto el Marqués con esperanza que en el interin se divertiria y entibiaria algo de aquellos deseos. Púsose Luis en camino con su hermano y mucho acompañamiento, y visitó todos aquellos señores de Italia. Iba su hermano Rodolfo, que era menor, vestido ricamente, como parecia convenia á su calidad; pero el buen Luis llevaba un vestido de estameña negra, sin otro adorno ni gala, antes, habiéndole hecho por órden del Marqués un vestido tan lleno de guarniciones, que estaba casi todo cubierto de oro, para que fuése con él á visitar á la señora infanta de España, 34 duquesa de Saboya, cuando vino á Italia, no se pudo acabar con él que se lo pusiese siquiera una vez. En Castellon sucedió un dia entre otros, que traia las medias rotas, y cubrialas con el herreruelo porque no las viesen y se las quitasen: cavósele el rosario bajando por la escalera, y bajóse para tomarle; entonces el ayo, que iba detrás, vió las medias tan rotas, que se veia la carne, y díjole con sentimiento: Oh Sr. D. Luis, ¿ qué es esto? No ve V. S. Ilma., que se deshonra á sí y á su casa, andando de esta manera? Con esto hizo que al punto se quitase aquellas medias y se pusiese otras; y él hubo de obedecer, temiendo quizá que no se lo dijesen á su padre.

Por el camino iba siempre ó rezando ó meditando, sin aflojar un punto, ni dejar sus ayunos ordinarios ni la oracion de la noche. En llegando á la posada, luégo se retiraba á algun aposento, y miraba si habia alguna imágen de Cristo crucificado, delante de la cual se pudiese poner á tener su oracion; y si no la habia, él hacia una cruz con carbon ó con tinta en algun papel, y allí se arrodillaba, y se estaba una ó más horas en su oracion y devociones acostumbradas. Si llegaba á ciudad donde habia casa ó colegio de la Compañía, en

→ 61 ↔

cumpliendo con los Príncipes, se iba á visitar á los Padres. En entrando en el colegio, la primera estacion era irse derecho á la iglesia á visitar el Santísimo Sacramento; despues se entretenia con los Padres, segun la comodidad y tiempo que tenia.

Cuando fué á visitar al Duque de Saboya, le sucedieron dos cosas dignas de reparo. La una fué, que estando en Turin aposentado en el palacio del Ilmo. Sr. Jerónimo de la Róvere, su pariente, que despues fué cardenal, estando en una sala



Parte exterior de la casa solar de los Gonzagas (Castello di Corte) en Mantua. (Véase el libro I, cap. 4.)

hablando con muchos caballeros mozos, entre los cuales estaba un caballero viejo de setenta años; el viejo comenzó á meter algunas pláticas menos honestas. Luis indignado se volvió contra él, y con gran libertad le dijo estas palabras: ¿No se corre un viejo de la calidad de V. S. de tratar de estas cosas con estos caballeros mozos que están presentes? Este es un gravísimo escándalo y mal ejemplo; porque, como dice san Pablo: Corrumpunt bonos mores colloquia prava. Dicho esto, tomó un libro

La segunda cosa fué, que habiendo tenido noticia de su venida á Turin el Sr. Hércules Tani su tio, hermano de la Marquesa su madre, fué á Turin á visitarle y pedirle que se llegase con su hermano á Chieri, para que los demás deudos. que nunca le habian visto allí, le pudiesen ver y gozar. Aceptó Luis el convite, y fué allá con su hermano. Habia el Sr. Hércules, por festejar á aquellos señores sus sobrinos, prevenido un sarao, en el cual se habia de danzar, como es uso. Hizo cuanto pudo Luis por no hallarse á él. Pero obligado de la instancia que le hicieron, diciendo que aquella fiesta se hacia sólo por él, y á su contemplacion, al fin se dejó llevar á la sala donde habian concurrido muchos señores y señoras; pero protestó primero, que él sólo iba á hallarse presente, no á danzar ni á hacer cosa ninguna, y con este concierto entró. Apenas se sentó, cuando una de aquellas señoras se fué hácia él para sacarle á danzar. El, viendo lo que pasaba, sin hablar palabra se salió de la sala fingiendo alguna necesidad, y no volvió más: fué de allí á un rato el Sr. Hércules á buscarle, y no le pudo descubrir. A cabo de un rato, yendo á otra casa, le vió en un aposento de criados, que estaba escondido, metido en un rincon detrás de una cama, hincado de rodillas, puesto en oracion; de lo cual quedó tan espantado y edificado, que no se atrevió á interrumpirle, y le dejó estar.

CAPÍTULO XI.

De los nuevos asaltos que tuvo en Castellon, y cómo al fin alcanzó de su Padre licencia de entrar en la Compañía.

oncluidas todas sus visitas, volvió á Castellon, teniendo, por cierto que el Marqués le habia de cumplir la palabra, y darle la licencia; pero engañóse mucho, porque su padre no queria que se le hablase palabra en esta materia, sino buscaba nuevas trazas para divertirle; no acabando de persuadirse, que era vocacion bien pensada, sino

-₩ 63 ₩-

algun fervor de muchacho, que con el tiempo le pasaria. Otros personajes grandes tambien, parte por el deudo, parte por la aficion que le tenian, le dieron diferentes asaltos cuando él menos pensaba. Lo primero el Sermo. Sr. Guillermo, duque de Mantua (que siempre le habia tenido particular aficion) envió para este efecto á Castellon un obispo de grande elocuencia y fuerza en el decir, para que le dijese de su parte, que si acaso no gustaba del estado de lego, se hiciese de la Iglesia, porque con esto



Patio interior de la casa solar de los Gonzagas (Castello di Corte) en Mantua. (Véase el libro I, cap. 4.)

podria sin duda emplearse en cosas que fuesen de mayor gloria de Dios y bien de los prójimos, que estando en la Religion; de lo cual no faltaban ejemplos de hombres santos, no sólo en los tiempos antiguos, sino en los nuestros, como el del ilustrísimo cardenal Cárlos Borromeo y de otros, que puestos en dignidad habian hecho más servicio á la Iglesia, que muchos religiosos; y por conclusion le ofrecia su ayuda y favor para hacerle poner en tal dignidad. Hizo el obispo su oficio con muchas veras y fuerza de razones, á las cuales respondió